

# La ABUELITA que se comió al lobo FERROZ

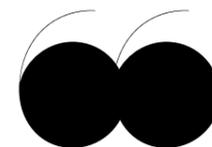
Fenómeno literario, neoyorquina ilustrada y feminista octogeneria, VIVIAN GORNICK vuelve con el ensayo *Cuentas pendientes* (Sexto Piso), un volumen sobre las virtudes de la relectura en el que se repasan obras de autores como D. H. LAWRENCE, COLETTE, NATALIA GINZBURG o DORIS LESSING. Como siempre, en primera persona y sin miedo a descubrirse a sí misma en la prosa de otros.



FOTOS: STEPHANIE NORITZ. D.R.

Si Natalia Ginzburg no hubiera habido Vivian Gornick. La italiana, autora de *Las pequeñas virtudes* (1962) y *Léxico familiar* (1963), fue determinante en el alumbramiento literario de la intelectual neoyorquina de 86 años. «Durante mucho tiempo, no supe qué tipo de escritora era yo. Por supuesto, como todo el mundo en mi generación, pensé que me convertiría en novelista, pero no manifestaba grandes habilidades imaginativas. Al leer a Ginzburg, vi que lo que ella hacía era insuflar vida en un ensayo. Escribía no ficción, textos basados en su experiencia desnuda, pero que se leían como una novela. Cuando entendí aquello, me dije: 'Oh, creo que yo también puedo hacer eso'. Significó un mundo para mí porque me mostró el camino», cuenta Gornick por videollamada –sin video; cosas de la tecnología– desde su piso de la Séptima Avenida en Manhattan.

La obra de Ginzburg es objeto de admiración en *Cuentas pendientes. Reflexiones de una lectora reincidente* (Sexto Piso), el nuevo libro de la octogeneria, a la venta en España desde noviembre. El concepto del volumen es la relectura y las múltiples capas de significado que esta añade a cada relato. Así, junto al capítulo dedicado a la siciliana, aparecen otros centrados en figuras literarias de la magnitud de Colette, Marguerite Duras o Doris Lessing. «La primera vez que leí *Hijos y amantes*, de D.H. Lawrence, era una estudiante universitaria de 20 años. Cuando volví a él tenía 35. Lo leí una tercera vez a los cuarenta, y el diálogo con la obra era siempre diferente. Esa fue la semilla para este ensayo. Se trata de mostrar cómo el mismo título puede aparecer de manera totalmente distinta para ti una vez que tú como lector añades tu propia experiencia a la historia», detalla. En última instancia, la idea que prevalece es que merece la pena «vivir toda tu vida en la compañía de libros con los que te reencuentras una y otra vez, como si fueran buenos conocidos que, poco a poco, se van convirtiendo en amigos».



Gornick ha sido una de las grandes revelaciones literarias del último lustro en España gracias a la publicación de sus distintas memorias por parte de Sexto Piso –*Apegos feroces* (1987), *Mirarse de frente* (1996) y *La mujer singular y la ciudad* (2015)–. Aunque cada uno de estos títulos aborda distintos periodos vitales de la autora, todos tienen en común al menos dos cosas: por un lado, las aceras de Nueva York como escenario de jugosas interacciones sociales que suponen la mejor materia prima para su creación literaria; por otro, el desarrollo de una comprometida visión feminista que la ha acompañado desde que a finales de los setenta un redactor de *The Village Voice*, el semanario alternativo con el que colaboraba, la mandase a cubrir una manifestación del movimiento de liberación de la mujer. Fue entonces cuando conoció a rostros icónicos de la segunda ola como Kate Millett, Shulamith Firestone, Susan Brownmiller, y Ti-Grace Atkinson. Luego, pasó a convertirse ella misma en activista de referencia, contribuyendo con distintos ensayos propios sobre el tema.

Tanto en su prosa como en las entrevistas que concede, Gornick siempre menciona los tres elementos que han supuesto para ella distintas formas de marginalidad. A saber: ser judía, de clase trabajadora y, sobre todo, mujer. ¿Sigue sintiendo que estos factores son tan determinantes a día de hoy en Occidente? «Ser judío ya no es alienante. No lo siento así. Ser de clase trabajadora aún conlleva un gran peso para algunas personas. Y ser mujer, con certeza, sigue suponiendo una gran lucha para ocupar una posición central en la sociedad. La situación actual es mucho mejor que la que yo viví en mi infancia, pero estoy segura de que, en muchos casos, las mujeres se sienten como ciudadanos de segunda clase».

Aunque asegura que ya no está activa como «feminista radical», tal como la describe Wikipedia, lo cierto es que tampoco hay que insistir mucho para que recupere algunos postulados. «Hace cuarenta años, cuando los liberales nos decían: '¿Y qué pasa con la familia?' ¿Y qué pasa con los

hijos? Si os damos lo que queréis, la familia se disolverá. Nosotras respondíamos: 'En ese sentido, somos anarquistas. No nos preocupa el futuro de la familia, nos preocupa protestar aquí y ahora. Que veáis nuestro punto de vista, que no es otro que el derecho a experimentar nuestra propia vida'. Es en ese momento cuando te conviertes en feminista radical, cuando demandas cambios de orden severo y pones los derechos de las mujeres en una posición nuclear en tus quejas, requisitos y opiniones».

En el plano sentimental, leer a Gornick es asistir a una dialéctica permanente entre el deseo de independencia feroz y el anhelo de amor romántico. Sobre quién va ganando en esta pelea, la escritora lanza una gran carcajada. «¡Ahora soy una señora mayor! ¡Nadie va ganando! [risas] Claramente, el amor romántico no ganó. Sí, es un conflicto interior muy pronunciado. Cuando era joven, comenzábamos a vislumbrar que había una pugna entre la vida en pareja, tal como la sociedad la había conocido hasta la fecha, y la autonomía femenina. Sobre el matrimonio se dice que dos deben convertirse en uno. Y ese 'uno' era siempre el hombre. Lo que hizo el feminismo fue traer esas luchas al plano de lo consciente. Solo el hecho de tomar conciencia sobre ello lo es todo», reflexiona.

Pero, ¿no hay una forma de educar en el buen querer en una sociedad que sigue confundiendo constantemente el enamoramiento con el amor? «La única manera de que el amor romántico tenga éxito es cuando se demuestra una capacidad para aceptar a la otra persona en todo su ser, mucho más allá de su potencial sexual. Hay personas que desarrollan una pasión, piensan que eso es amor y se casan basándose en esa creencia. Si no sabemos quienes somos y qué necesidades tenemos, pronto empezamos a discutir, a sentir enfado y oposición. Tenemos que entender que la pulsión sensorial no es una emoción sólida sobre la que se pueda construir una vida», argumenta. Sus libros, esos sí que sirven. Si no para cimentar una vida, al menos para apuntalarla ● EVA BLANCO



## Una segunda pensada EL MUNDO PUEDE ESPERAR

Escribe Vivian Gornick en *Cuentas pendientes. Reflexiones de una lectora reincidente* (Sexto Piso) que releer un libro que fue importante para uno se parece a «tenderse en el diván del psicoanalista». Y eso es, exactamente, lo que hace en este ensayo: diseccionar obras que han marcado su vida mientras aprovecha para contarla.